

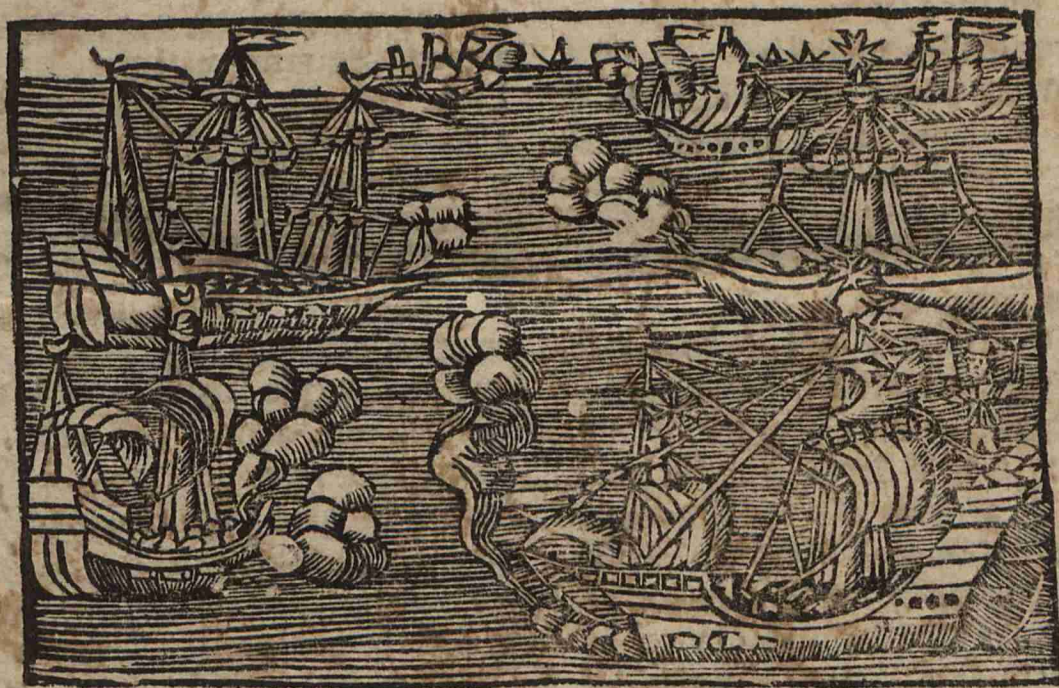
*Salva n.º 40 arbitraje este romance a Antonio de
la Gey. -*

2



LA BATALLA NAVAL.

VERDADERA RELACION DE LA MEMORABLE
feliz victoria que obtuvieron las gloriosas armas de
la católica Liga, comandadas por el Serenísimo Señor
Don Juan de Austria, contra la armada turquesca,
en el golfo de Lepanto, en el dia siete de Oc-
tubre de mil quinientos setenta y uno.



DE Sicilia con poder
la armada real partia:
con buen acuerdo y concierto
Don Juan de Austria la regia,
magnánimo y valeroso,
Príncipe de gran valía,
hermano del Rey de España,
que por General lo envia.

Doscientas y once galeras
eran todas de la liga,
con veinte y seis naves gruesas,
seis galeazas habia,
y veinte y cinco navíos
de provisiones traia;
quarenta y cinco fragatas
iban con gente lucida,

Du-

Duques, Condes y Marqueses
llevaba en su compañía,
y Capitanes famosos,
Soldados de gallardía.
Un estandarte dorado
en su galera pendia,
y un Crucifixo pintado,
el qual llevaba por guia,
que el Padre Santo de Roma
à Don Juan dado le habia.
Año de mil y quinientos
setenta y uno corria,
à los quince de Setiembre,
se salian de Mecina:
de pífanos y tambores
retumba la melodía:
van en busca de la armada
de la gente de Turquía.
La buscan de puerto en puerto
con ánimo y valentía:
dos bergantines delante,
uno iba, otro venia.
A quatro del mes de Octubre,
así que el alva rompía,
encuentran una fragata,
que les dió larga noticia
de la armada de los Turcos,
que en busca Don Juan venia.
Doscientas y ocho galeras
eran las que componian
la esquadra, y treinta fanales
treinta galeotas traían;
mucha gente de Esclavonia
era la que allí venia.
Allí Baxá General
aquesta armada regia,
y en el golfo de Lepanto
el Turco se rehacia.
Oyendo aquesto Don Juan,
allí mismo el alto hacia:

llamando à los Generales,
de esta suerte les decia:
valerosos Caballeros,
hoy esta empresa se fia
à nuestro valor heroyco,
y por lo mismo querria,
para obrar con mas acierto,
vuestro sentir se me diga:
este es pues mi parecer,
de que à esta gente enemiga
hoy mismo le acometamos,
sin aguardar à otro dia.
Muchos dixeron que no,
que cierto no convenia
el que se pusiera à riesgo
armada de tanta estima.
El de Austria, sin responderles,
à lo baxo descendia,
y llamando al Veneciano,
de esta suerte le decia:
qué os parece, buen conjunto
de nos y la santa Liga:
en esta ocasion presente,
qué es lo que hacerse debia?
Señor, que demos con ellos,
Barbarigo respondia.
Llama luego al de Colona,
que doce galeras guia
de nuestra Iglesia romana;
y dió la respuesta misma.
Despues llama à Juan Andrea
Doria, que así se apellida,
y le dice: buen hermano
y amigo, qué os parecia?
El Genovés valeroso
con ayre así respondia:
demos, Señor, la batalla,
pues es ella quien nos brinda:
A Don Alvaro Bazan
à llamar tambien envía;

y el Español animoso
de esta suerte respondia:
buen Señor, acometamos
à la gente de Turquía.
El Comendador mayor
sin llamarle se venia,
y Don Juan le recibió
con demostracion muy fina;
le dixo: ilustre Caudillo,
espejo claro, en quien brilla
el honor del Rey Felipe,
de la España norte y guía,
qué os parece? Y le responde:
yo de parecer seria,
que no volvamos atrás
por ningun modo ni via.
El Príncipe muy gozoso
à la popa se subia,
y en alta voz dixo à todos:
magnánima compañía,
esté cada qual à punto
para obrar con valentía,
que embestir quiero à los Turcos
con el valor que me anima.
Todos le dicen: Señor,
cada qual en este dia
cumplirá bien con su honor,
vendiendo cara la vida.
Cada qual à su galera
al instante se retira,
mandando tomar las armas,
al que mas presto podia.
Pónense à punto de guerra
con esfuerzo y osadía,
y hácia el golfo de Lepanto
con grande ánimo caminan.
A siete dias de Octubre,
à las siete horas del dia
descubrieron ya la armada,
que viento en popa traía.

Mas Don Miguel de Moncada
con grande acierto acudia
entónces mismo à Don Juan,
y con celo le decia:
Señor, sepa vuestra Alteza,
que es hoy el festivo dia
de la Virgen del Remedio,
festividad muy antigua
en la ciudad de Valencia,
donde tengo una capilla;
invoquemos tal Señora
con fe reverente y pia,
para que victoria hayamos.
Y Don Juan con alegría,
encomendándose à ella,
ofrendas le prometia,
y el devoto Don Miguel
cien doblas de oro ofrecia.
Quando cerca se miraron,
el mar ya calmado habia,
pues por su misericordia,
Dios que à los suyos no olvida,
quiso mostrarse piadoso,
facilitando esta dicha.
Todos se ponen en orden,
los Turcos lo mismo hacian;
mas la católica armada
tres esquadras repartia,
Don Juan iba en la del medio.
El estandarte extendia
D. Juan de Austria, y con esfuerzo
ántes de la batería,
en una veloz fragata
diligente se metia;
y de galera en galera
valor y ánimo infundia.
Iba fuertemente armado,
y en la siniestra traía
levantado el Crucifixo,
el estoque en la otra vibra,
ani-

animando à los Soldados,
y de esta suerte decia:
amigos y hermanos mios,
esforzada gente mia,
muéstrese hoy vuestro esfuerzo
y valerosa osadía,
en defensa de la fe,
y en morir en este dia
por Christo crucificado,
y su Madre esclarecida.
Allí un Padre Teatino
que el Papa enviado habia,
les publicó un jubileo,
en que à todos concedia
remision de sus pecados,
y al que por la fe moria
en esta naval campaña,
la gloria le prometia.
Y despues de publicado,
à todos les absolvía,
puestos de rodillas todos;
y el Príncipe con la vista
fixada en el Crucifixo,
estas palabras decia:
poderoso Rey del cielo,
mi fe grande en ti confía,
que me darás la victoria
(por tu piedad) hoy cumplida.
Vuelve tus ojos piadoso,
y tu bondad no permita
el que à tu esposa la Iglesia
la ultrage la tiranía.
No mires nuestros pecados,
Redentor del alma mia,
sino segun tu clemencia,
tu auxilio y favor me envia.
Y volviendo à la real,
un leon bravo parecia:
mandó luego disparasen
un tiro de artillería,

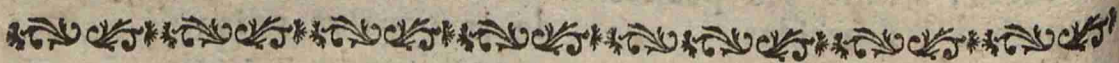
en señal de la batalla;
el Turco correspondía,
y tocando al arma, al arma,
Saboya y Malta embestian
à Asambey y Barbaroja,
que al encuentro le salian.
Diéronse grande rociada
tiros y arcabuceria,
siendo en tan terrible encuentro
mortal la carnicería.
Caracosa luego entró,
Bayaceto le seguía;
y sin temor Juan Andrea
delante se les ponía:
disparan gruesos cañones,
cada qual se defendía,
y envistiendo à Caracosa,
al instante lo rendian.
Malambey, Baxá famoso,
à la batalla venía:
Don Alvaro le recibe
con su buena artillería;
y à fondo nueve galeras
le echó con una avenida.
Mustafá, Turco animoso,
que las señas conocía,
embiste à los Venecianos,
dando muy gran vocería;
los Venecianos pelean
con esfuerzo y valentía,
con galeras y galeazas,
espanto al Turco ponian.
Allí Baxá con asombro
estaba siempre à la mira:
viendo retirar su armada,
pues iba ya de vencida,
muchos Turcos à la mar,
mucha galera rendida,
llorando de pura rabia,
su fortuna maldecía.

De Caracosa se quexa,
porque engañado le había:
acordó de acometer
con gran saña y mortal ira
à la galera real,
donde el Príncipe asistia.
El valeroso Don Juan,
que en tal lance no dormia,
aguardóle con pujanza,
con ánimo y valentia;
y encontrándole el Baxá,
muy furioso le embestia.
Juntóse proa con proa,
valientes se defendian,
diestramente peleaban,
sin cuidar de las heridas,
jugando los arcabuces,
flechas y escopetería.
En la horrible confusion
del faego y humo que había,
del estruendo y de las voces,
un infierno parecia.
Unos dicen Austria, Austria,
otros Turquía, Turquía,
procurando cada uno
llevarse la mejoría.
Al árbol mayor los nuestros
llegaron de la enemiga
dos veces, siendo sus pechos
parapeto à las heridas:
los Turcos como leones,
con valor les detenian;
seis galeras le dan gente
con diligencia muy viva,
y el Marques con tres galeras
à Don Juan favorecia.
Los Soldados belicosos
unos à otros se animan,
diciendo: viva la Iglesia;
otros Santiago apellidan.

Por fin à puros esfuerzos,
y por voluntad divina,
la real turquesca rindieron;
y en pendencia tan reñida
mataron quinientos Turcos,
casi la flor de Turquía,
Don Lope de Figueroa
el estandarte abatia,
y alzando el de nuestra fe,
la victoria se publica.
El Príncipe victorioso
à todas partes corria,
y Juan Andrea à su lado,
que dexarle no queria,
ayudando con socorros,
donde mas peligro había.
En esto ven que el Maltés,
su galera ya perdida,
de seis estaba cercado,
y que ninguno tenia
vivo de sus Caballeros;
mas él con gran bizarría
con solos cinco Malteses
la popa les defendia,
y de estos muertos los tres,
aun rendirse no queria.
Viniéndole pues socorro,
cobrando la que rendida
estaba ya de los Turcos,
de la popa se salian,
y apellidando victoria,
Austria, dixo, viva, viva.
Los Turcos quando esto vieron,
poco à poco se rendian,
sino el traydor de Ochali,
que estaba puesto en huida
con sus doce galeotas,
que comandaba argelinas.
El Marques de Santa Cruz
y Andrea Doria le seguian,
Y

y apresándole las siete,
 con las otras se retira.
 Quatro horas duró el combate
 de una funcion tan reñida,
 llegando el mar à teñirse
 con tanta sangre vertida.
 Treinta mil Turcos murieron,
 toda la flor de Turquía,
 solo seis mil de Cristianos,
 gente toda muy lucida,
 y quince mil los heridos,
 que escaparon con la vida.
 Ciento y sesenta galeras
 se ganaron este dia:
 se echaron quarenta à pique,
 que el bravo mar sumergia:
 veinte gruesas galeotas,
 mil piezas de artillería:
 quince mil forzados libres
 quedaron con alegría:
 tres mil quinientos setenta
 son los Turcos que cautivan,
 y entre dichos prisioneros
 Baxaes de mucha estima.
 Al Comendador mayor
 por su parte le cabia
 una extremada galera,
 en que Mahomet venia,

ayo de aquellos dos hijos,
 que el Baxá tanto queria:
 à los dos los tomó presos,
 que iban en su compañía,
 y los presentó à Don Juan,
 que mucho lo agradecia.
 En la galera real
 del Turco, el número habia
 de ciento y sesenta mil
 cequies de oro de estima,
 su valor de mas de escudo,
 y de mas muy gran quantia;
 muchos brocados y sedas,
 aljófar y perlería.
 Caracosa mil cequies
 de oro en la suya traía,
 cuya presa à los Soldados
 su Alteza les repartia,
 como franco y liberal;
 à quien Dios en la otra vida
 coronado haya de gloria,
 y por su clemencia pia
 dé aumentos à nuestra España,
 disipando la osadía
 y el orgullo de los Turcos,
 para que la Iglesia viva
 triunfante de su enemigo
 en perpetua paz tranquila.



CARTA DEL GRAN SULTAN.

YO Selim el gran Sultan,
 Rey de Reyes coronado,
 y Señor de siete Imperios,
 que están baxo de mi mando,
 Capadocia y Trapisonda,
 y del gran Cayro nombrado,
 Emperador y gran Can,

de Esclavonia intitulado,
 de Constantinopla y Grecia,
 y gran Taborlan llamado,
 Emperador de Turquía,
 de Armenia y otros reynados,
 Rey de setenta y tres Reyes,
 que no digo ni he contado,

Señor de la Casa Santa,
que es la que llora el Cristiano:
à vos, Príncipe Don Juan,
el de Austria intitulado,
hijo del Emperador
Carlos Quinto ya pasado,
hermano del Rey Felipe,
el Católico aclamado,
y General de la Liga
del de Venecia y Romano,
y de la España invencible,
como siempre lo ha mostrado:
allá os envió un presente,
no conforme à vuestro estado;
dichoso os podeis llamar,
y en la mar afortunado,
y feliz por el presente
solo que voy à enviaros;
y si no es qual mereceis,
recibidlo de mi mano.
Tres ropas de levantar
recibireis de buen grado,
textidas con oro y plata,
de precio muy estimado,
fornadas de finas martas,
muertas en monte Tartario:
seis tapetes de oro y seda,
con un cendal de brocado,
para arrear la galera,
donde vais aposentado;
una cama de Turquía,

con el pabellon persiano,
cobertor de vuestras armas,
todo en perlas recamado:
un arnés de fuerte acero,
un jaez para el caballo,
hecho à la usanza turquesca,
de finas piedras sembrado:
dos alfanges damisquinos,
con baynas de oro esmaltado,
y en las pendientes correas
vuestro nombre va bordado.
En fin, Príncipe Don Juan,
el presente mencionado
no os lo doy por amistad,
ni por miedo que he cobrado;
doylo por mis dos sobrinos,
hijos de aquel desdichado
Alí, Baxá el mas famoso,
el qual era mi cuñado,
muy querido de mi hermana,
de mi corte el mas privado.
Tratadlos como à quien son,
y así estoy certificado,
que comen à vuestra mesa,
y asisten à vuestro lado.
Alá os lo pague, Señor,
Príncipe el mas soberano:
él os guarde de mi ira,
y del poder de mi brazo,
que si Mahoma dormia,
ahora ya ha recordado.

RESPUESTA DE DON JUAN DE AUSTRIA.

A Ti, Selim ò Sultan,
el que gran Señor se llama,
Emperador, sin tener
la ceremonia romana:

yo D. Juan de Austria, el menor
de los de la Casa de Austria,
conforme à lo que me escribes,
voy respondiendo à tu carta.

Tu

Tu presente he recibido
de grandeza y mano franca,
por medio el Baxá Azambey,
que es Privado de tu casa.
No lo recibo por serte
súbdito, ni Dios lo manda;
ni por amor que me tienes,
pues tu ira me amenaza;
recíbolo, porque sepan
la ocasion de tal jornada,
y de qué efecto procede,
por un órden de crianza,
y por último remate,
por los ruegos de tu hermana.
No me tengo por dichoso,
por lo que tú me regalas,
sino por lo que Dios obra,
pues tengo en él mi esperanza.
Y si dices que Señor
eres de la Casa Santa,
que es la que llora el Cristiano
por su desgracia en el alma;
guarda de que no la llore
en el infierno tu alma.
Allá envió à tu sobrino
Zabey, à quien tanto amas,
y Mulebuley que es muerto,
va embalsamado en su caxa.
Recibe à Zabey el vivo,
para gloria de tu casa,
con arreos y preseas
de Italia, Flándes y España,
en una veloz galera,
de oro y seda entapizada,
y en un trono de damasco
su persona aposentada;
los remeros con librea
azul de seda y de plata.

F I N.

Con licencia: en Valencia por la Viuda de Agustin Laborda.

Mas, de fino carmesí
dos cobertores de cama,
de oro fino de Florencia,
labrados à la toscana,
con rapacejos de aljófar,
y la seda de Granada.
Un arnés hecho en Milan,
en quien no mella una bala;
un lindo estoque de Flándes,
que es su pomo una esmeralda,
y con arábigas letras
hermoseada su bayna.
De mampuesto y de marfil
mesa à la turquesca usanza,
y almohadas de brocado
para asiento, por ser baxa.
Una rica sobremesa
de cien doblas, con tus armas;
tres mantas con franjas de oro,
seis paños de fina grana,
con armas de oro reales,
de la marca valenciana.
Recíbelo por regalo,
y sin interés de nada;
que si no es como mereces,
tu grande merced lo ensalza,
y mi buena voluntad
sé que enmendará la falta
del presente, que al presente
otro mejor no se halla.
Miedo, dices, no te asiste,
y por ver si en mí se halla,
otra vez puedes probarlo,
gente aprontando y armada.
Pues que duerma tu Mahoma,
ò que esté con vigilancia,
nada à mi valor altera,
nada mueve mi constancia.